



ALGUNOS ESCRITORES mexicanos sienten a su patria algo así como "después de la tormenta", estado anímico que tiene por base una falsa creencia

# BREVES MEDITACIONES

**T**ODA meditación sobre algo presupone un previo alejamiento. Un haber ganado la acertada distancia, a fin de que nuestro ánimo cuente con la perspectiva indispensable. Es el sedimento de lenta y preciosa naturaleza que un suceso o lugar, en silencioso trabajo, va depositando en nuestro espíritu. Dueños de él, nos sentimos impulsados a decir la palabra, último estado de todo conocimiento completo.

Al alejarme de México, cedo a la tentación de escribir unas líneas en torno a varios aspectos de esta nación donde hallé, durante tres años, la patria que un día me negaron. No escapa a mi criterio que toda meditación respecto a un país obliga a una opinión y, en verdad, sólo las opiniones ilustres tienen en este caso razón para dejarse escuchar. Sin embargo, en esta misma circunstancia hallo, por contraste, causa para mi osadía pues acaso resulte interesante, por inusitado, el parecer de un hombre corriente, capaz de suplir, a fuer de sinceridad, los atributos propios de las opiniones importantes.

Anímate también, mi condición de suramericano, preocupado por el escaso interés que siente México por América del Sur y deseoso de aprovechar toda oportunidad posible para llamar la atención de la inteligencia mexicana sobre este fenómeno a todas luces perjudicial para nuestros pueblos. No encontraremos la causa de él en la indiferencia de los países suramericanos para con su hermano mayor, pues, por el contrario, es para ellos, en forma casi constante, motivo de nobles preocupaciones. El fulgor esbelto de la Revolución Mexicana cautivó la atención del continente e, incluso, dibujó en otros rostros hermanos lampos de conmovidos incendios. Fue el momento en el cual dieciocho naciones volvieron al unísono su cabeza hacia las tierras aztecas y, desde entonces, ya sea por posteriores notables sucesos o simplemente por una suerte de torticolis histórica, las cabezas de esos países continúan vueltas hacia vosotros. Asimismo, la falta de grandes acontecimientos en las patrias australes de América no puede servir de explicación. Ellos se han realizado, aunque justo es reconocerlo no han tenido la trascendencia de los ocurridos aquí. La distancia tampoco cumple su pretensión de excusa, en un siglo caracterizado precisamente por su cada día mayor acortamiento. A otras

argumentaciones, lúcidas o no, podemos oponerles las incontrastables de nuestra comunidad histórica, geográfica y de lenguaje, amén de semejantes problemas e interdependientes soluciones.

No es mi intención, ni sería de mi capacidad, proponer medidas concretas para romper el aislamiento señalado, sino, como ya se dijo, invitar —principalmente a los artistas y hombres de letras mexicanos— a que mediten este hecho no grato, del cual son necesarios protagonistas. Terminemos con la absurda aseveración de que "México y América del Sur son de continentes separados por la América Central".

Por "después de la tormenta".

En algunos escritores mexicanos, desgraciadamente no pocos, prevalece un estado anímico que tiene por asiento una falsa creencia: la de sentir a su patria por "después de la tormenta". Expliquémonos. Cuando uno les habla de los problemas del Perú, por ejemplo, o de los de cualquier otro país, así como de sus luchas presentes y futuras, coligiendo de ello la necesidad de un arte ligado a las disyuntivas sociales americanas, afirman: nosotros ya pasamos por todo eso, ya vivimos la tempestad. De tal aseveración, concluyen en que, los escritores mexicanos, deben dedicarse ahora a crear el arte formal y propio de una nación predestinada a cien años de paz social. Y, frente a una humanidad convulsa, sobreviviente y airada, y dispuesta a abrirse paso hacia la dicha sin importarle el precio, se declaran, como decíamos, amables espectadores. Es indudable que México ha hecho una revolución de enorme importancia, pero eso no le ha hecho una isla ni puesto a la vera de la historia. Por el contrario, el progreso obtenido a resultas de la revolución ha diferenciado, con tintas e intereses propios, a los diversos sectores sociales. Es decir, ha tenido, a lo largo y a lo ancho de la patria mexicana, las nuevas trincheras de la conmoción social. Esto, felizmente, lo comprende la mayoría de sus artistas y escritores, y a ellos corresponde la tarea esclarecedora de luchar contra una fábula peligrosa que adormece y desarma a algunos de sus intelectuales, muchos de ellos valiosos.

Al vendaval, no se le puede decir impunemente "yo no sabía". La tempestad no ha de respetar los castillos de naipes, sino las obras construidas con piedra y con sangre. Los intelectuales europeos que ante el avance del fascismo osaron declararse "por encima de la tormenta" son un ejemplo patético de la inocencia disfrazada con buenas intenciones. Al huracán, no se debe ignorarlo sino dirigirlo. Enseñarle a mover el aspa de los molinos.

La amistad en el mexicano.

Al poco tiempo de llegar a México, en una cena de Cuadernos Americanos, un conocido escritor afirmó a don Jesús Silva Herzog que "el mexicano es hermético y se hace difícil entablar amistad con él". Silva Herzog no aceptó como bueno este juicio, atribuyéndolo a cierta precipitación en el opinar. Para salir de dudas, el escritor referido propuso realizar una encuesta entre los numerosos extranjeros allí presentes, muchos de ellos con años de residencia en este país. Por unanimidad, todos le dieron la razón al opinante no nombrado. Sin embargo, agregaron un nuevo elemento que completaba felizmente el aserto: "pero cuando uno gana su estima, consigue un amigo para toda la vida".

A mi modo de ver, el resultado de la indagación no pudo ser más justo. Lo consigno porque constituye uno de los rasgos característicos del ser mexicano y, por lo tanto, un interesante aspecto sociológico. Quien permanece poco tiempo en este país no se lleva un buen concepto de su gente en lo que a relaciones humanas se refiere. Por el contrario, quien radica por un tiempo más largo llévase en la boca el verdadero sabor de la amistad mexicana. También en el aspecto amical, México es un país de profundidad.

A diferencia de otros hombres que viven cerca al ecuador geofísico, el mexicano es persona de pocas promesas, pero sabe cumplirlas. Parco, sobrio, pero cumplidor, o quizás precisamente cumplidor por parco y sobrio. Este talante hermético no elimina, como podría suponerse, la cortesía exquisita. En el diccionario de la amabilidad ciudadana, que algún día escribirá un erudito, figurarán en lugar preferente expresiones como éstas: "Evíteme la pena de negarle crédito". "No fumo. Muchas gracias". "Lo invito a comer a su casa".



¿POR QUÉ un pueblo eminentemente musical, amante como pocos de las artes plásticas y con una gran tradición de danza, no es afecto al ballet?

# SOBRE MEXICO

*El ballet: ¿un arte prohibido?*

¿Por qué un pueblo de psicología eminentemente musical, amante como pocos de la plástica y con una gran tradición de danza no es afecto al ballet?, me preguntaba. Aficionado a descubrir enigmas fáciles, creo haber entrevisto una respuesta en el decantado *machismo* del mexicano, a quien no puede agrada un arte de apariencia asexual, para decir lo menos. El éxito del ballet *Zapata*, antes que contradecirme, me afirma en este criterio, y así lo conversé con su autor. El *Zapata* gustó, aparte de sus valores intrínsecos y de su mensaje social, porque es un ballet varonil. Y si este arte desea hacerse popular en México, no debe olvidar la anterior consideración. El público no está dispuesto a aceptar un espectáculo, por muy bello que sea, contrario a su idiosincrasia, y, este hecho, va a dar origen a que los autores mexicanos creen un ballet de muy particular naturaleza e inexistente hasta hoy: el ballet varón, el ballet masculino.

*El nacionalismo.*

He oído a más de uno criticar el nacionalismo del mexicano. Nunca compartiré ese parecer. En principio, no es posible olvidar que existe el nacionalismo y el *nacionalismo*. Es decir, el nacionalismo de los poderosos y el nacionalismo de los que son débiles comparados con esos poderosos. El de estos últimos es, siempre, de buena ley, digno de elogio. El nacionalismo de México es, en todo caso, de ley inmejorable.

Otro pueblo de fisonomía menos acusada no hubiese podido resistir con éxito la vecindad de un país de psicología tan absorbente como Estados Unidos. En este sentido, México no sólo se sirve a sí mismo sino que es una saludable barrera contra toda suerte de deformaciones, principalmente en el campo cultural.

En ninguna parte de América, se ve el agradable espectáculo de una indumentaria nativa llevada con legítimo orgullo por personas pertenecientes a los más diversos estratos sociales. El sagrado amor a la tradición constituye una de las mejores esencias mexicanas.

Lo que debe preocuparnos en realidad no es el nacionalismo del mexicano, sino precisamente cierta laxitud que se viene apoderando al respecto en el terreno del lenguaje. Por desgracia, estos *pochismos* adquieren carta de ciudadanía en la correspondencia y la parla burocrática, con detrimento del buen decir y de la cultura propia, y, lo que es mayormente grave, asalta las páginas de los periódicos, única fuente de lectura para un gran por ciento de la población. Es evidente, sin embargo, que en los escritores mexicanos sí existe una plausible vigilia respecto a la pureza nacional del lenguaje, y eso explica, en buena parte, la grata prosa de que hacen gala los literatos de México.

Desde luego, no se debe llegar a extremos de sainete como sucedió en Panamá bajo el gobierno de Arnulfo Arias, donde se aplicaban fuertes multas a los ciudadanos que dijese *high-ball*, en vez de *bola alta*; *sandwich*, en vez de *emparedado*; una copa de *Johnny Walker*, en vez de una copa de *Juanito, el caminador*; pero es indudable que defender la lengua contra los extranjeros es defender la soberanía de una nación en uno de sus basamentos sustanciales.

Es preferible en nuestras patrias latinoamericanas pecar por nacionalismo a pecar por extranjerizante. Siempre el primero será un pecado venial y capaz de alimentar otras virtudes.

*Un libro mexicano que siempre llevaré conmigo.*

Después de varios años, releemos la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes. Degustamos la línea, catamos el período, saboreamos la página: el tiempo no ha pasado, la frescura virginal de la obra sigue incólume. Trátase de algo imperecedero, es la Historia misma de México.

Más, igualmente, la *Visión de Anáhuac* constituye una transposición de la literatura a la plástica. Se mira el pensamiento, el párrafo que nace a pinceladas. Son páginas como murales, o murales como páginas. Alfonso Reyes en la *Vi-*

*sión* y Diego Rivera en los frescos del Palacio Nacional han dado a México la mejor descripción de Tenochtitlán, desde que pergeñaron sus folios los atónitos cronistas de la Conquista.

¡Cuánta razón ampara a Valery-Larbaud cuando exclama que la obra es un "verdadero poema nacional mexicano"! ¡Y con cuánta verdad confiesa Azorín, refiriéndose a ella: "asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido"!.

Evidentemente, este poema nacional mexicano nos transplanta a la edad de oro de "una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto", y transmuta el estar mexicano de hoy día con el ser mexicano de siempre.

Es una larga historia hecha epitome cabal; es una antigua vida que asalta nuestros ojos asombrados y en ellos permanece, sabida en su sempiterno reposo, ciega para la luz de la escapada.

Existe, además, una inteligente concatenación entre el *tempo* del acontecer precortesiano y la exégesis contemporánea, perspícaz y sugerente. Y todo con una fluidez de luz al mediodía y con un orgullo nacional que, al menor resquicio, se cueña por el texto y empapa nuestras manos.

Estamos ciertos de que Alfonso Reyes en su primera ausencia de México, al columbrar la ascética meseta de Castilla, se llenó de su cósmica altiplanicie mexicana, volvió a otear la diafanidad del Valle por antonomasia y, echando a volar una mirada retrospectiva y melancólica, pensó los capítulos amados. Porque este pequeño libro rezuma mexicanidad, traduce amor al ancestro, evoca la raíz y da un sitio exacto a la flor inmarchitable de la niñez patria.

Convenimos con su autor en que la emoción histórica es parte de la vida actual. Trasluce tan nobilísima inquietud su *Visión*. Pero, creo yo, que sus páginas abren las alas hacia horizontes más amplios. Con justeza podemos asegurar: éste es un nuevo arte de la poesía, de la naturaleza y de la historia.

El mejor homenaje para un libro, de alguien presto a partir, es darle cabida en la flacura de su equipaje. Yo me llevo éste para quedarme un poco.

JUAN GONZALO ROSE